

SALUDO DEL DECANO

PALABRAS DEL ILMO. SR. D. PEDRO RODRÍGUEZ,
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Según los usos académicos, corresponde al Decano de la Facultad saludar a los participantes en el Simposio Internacional de Teología que cada año se organiza en la Facultad, y que en esta ocasión es ya su edición nº XVII.

Vaya, pues, por delante, ese cordial saludo, unido a la alegría de tener entre nosotros a los que han venido de fuera. Les deseo unos días de convivencia académica —humana y cristiana— que responda al ideal de vida y de proyecto universitario que inspira a nuestra Universidad, y por el que de una manera o de otra todos ustedes luchan en los distintos lugares de trabajo.

La ocasión que nos reúne en el Simposio tiene una temática específica y clara, como cada año. Esta vez ha organizado la sesión científica el Departamento de Teología Moral y Espiritual de la Facultad, al que le ha correspondido este año dentro de la rotación entre los Departamentos e Institutos que componen la Facultad, y que ha podido así disponerse, con unos años de anticipación, a preparar y madurar el tema elegido.

Digo esto porque sé muy bien que el Departamento de Teología Moral ha trabajado largo y hondo en el plan de este Simposio, en perfilar su enfoque y su temática; en escoger los invitados y pensar la aportación que dentro de nuestra modestia se querría hacer a la dinámica de la investigación y de la praxis de la moral cristiana. Durante todo el proceso ulterior de conversación con los ponentes y los autores de las comunicaciones, se ha ido comprobando que el tema elegido sirve realmente como atalaya para contemplar los problemas y los desafíos con los que se encuentra la teología ante la realidad de la vida moral contemporánea. El tema, como bien saben ustedes, está formulado así: «El primado de la persona en la moral contemporánea».

Cabría hacer —permítanme Vds. estos prolegómenos— como una doble lectura de este título: como un indicativo, una constata-

ción; o como un imperativo, como un proyecto. Puede significar, en efecto, que la persona humana *tiene* una primacía entre los valores morales que se viven hoy en la sociedad, y el Simposio se dispone a analizar teológicamente ese fenómeno. Pero también puede significar que los organizadores captan una crisis en la moral contemporánea y concluyen que, para superarla, la persona *debe tener* un primado en los valores concretos que configuran la existencia moral; proponen por tanto al Simposio no sólo analizar la trastienda histórica e ideológica de la crisis, sino preguntarse qué desafío, qué proyecto, qué tarea científica, qué praxis eclesial, qué oferta deberíamos tener hoy los cristianos, intuendo que ese proyecto y esa oferta pasan por un redescubrimiento del primado de la persona humana.

A lo largo de las sesiones y de los debates correspondientes iremos viendo cuál de esas lecturas predomina. En todo caso, a la hora de pasar revista a las diversas corrientes del pensamiento contemporáneo que se analizarán aquí, no se trata —al menos esta es mi opinión, pero esto lo dirán ustedes, los expertos en Teología Moral— de tomar partido respecto de la vieja contraposición persona-naturaleza, que Jean Paul Sartre llevó hasta el paroxismo. Es posible que esta dialéctica conserve todavía su vigencia, pero cuando se habla desde la tradición cristiana, el primado de la persona es siempre el de una persona *humana*, una persona dotada de naturaleza humana. Aquí está buena parte de la batalla por entender profundamente a la persona. Antonio Millán Puelles dijo en una ocasión que el más radical acto que la persona hace en su vida moral es precisamente el «sí» —o el «no»— a su naturaleza, es decir, la aceptación o el rechazo consciente de su propia naturaleza de hombre. En ese sentido, la vida de la persona es la vida de una persona humana, de una persona que es lo que es por razón de su naturaleza.

Por tanto, desde el punto de vista de la moral cristiana, lo que se plantea no parece que sea una alternativa entre persona y naturaleza. Afirmar el primado de la persona no es, por tanto, sostener una especie de omnímoda y creadora libertad, para la que cualquier referencia a «su» naturaleza aparece como una coacción y como un límite intolerable a la persona. Lo que se plantea la teología cristiana es cómo se da y en qué consiste ese primado radical de la persona, de una persona que tiene naturaleza *humana*, y que está, por tanto, llamada a «pronunciarse» sobre esta su naturaleza, a «reconocerla» como tal en un acto de amplias consecuencias morales, sabiendo por otra parte que el *agere* moral de una persona nunca es el mecánico desarrollo *ad casum* de lo «preestablecido» en la naturaleza común a todas las personas, sino que cada persona es irrepetible y tiene que afrontar su responsabilidad desde situaciones ciertamente *humanas*, pero no repetibles.

Esta es la cuestión, que se formula de una manera o de otra: cómo afrontar su propia circunstancia, su propio desafío, y hablando cristianamente, su propia vocación. Por eso el trabajo que tenemos por delante en el Simposio, y que los no expertos en la materia vamos a seguir con un interés grandísimo, en el que estamos dispuestos a aprender mucho, y si se tercia en alguna ocasión, también a intervenir para paliar desde nuestras perspectivas científicas o más sectoriales dentro de la Teología nuestras preguntas para lograr la unidad del saber teológico, se presenta realmente, digo, como interesante.

El Comité Organizador del Simposio ha estructurado las tres jornadas teniendo tres puntos centrales para cada día: el primero, que hoy vamos a comenzar con la conferencia del Profesor Seifert, querría ser de fundamentación y análisis, de ir a los temas que están en la base de lo que luego de manera más sectorial y concreta va a ser tratado en los otros dos días. Es lógico que se comience precisamente por el concepto de persona en la renovación de la Teología Moral contemporánea y que se pase revista a los distintos movimientos filosóficos y teológicos que —cualquiera que sea el horizonte intelectual en que se mueven— han puesto el acento en esta primacía de la persona. Son escuelas de pensamiento, por cierto, tan variadas como los distintos sistemas del personalismo francés, las diversas formas de existencialismo, la fenomenología, ciertas líneas del pensamiento contemporáneo de raíz idealista y otros sistemas. Después, con el Profesor Rodríguez Luño pasaremos a estudiar los fundamentos del obrar moral, pero tratando de identificar cómo gravitan sobre ellos los enfoques personalistas de los sistemas que quieren dar, efectivamente, la primacía a la persona. Concluye este día, a nivel de las ponencias, con una intervención que, como dogmático, me parece un punto clave para el diálogo entre Dogmática y Moral. Me refiero a «la dimensión teológica de la vida moral», a cargo del Padre Tremblay.

Esta ponencia, al poner el seguimiento de Cristo en el eje de la vida moral cristiana, sitúa inmediatamente el tema en el horizonte de la economía de la salvación. Porque quizás lo que hemos redescubierto los cristianos de nuestro tiempo es que vida cristiana, y por tanto vida moral cristiana, o sencillamente vivir como mujeres y hombres cristianos, es sumergirse, por la gracia del Espíritu Santo, en la vida de las Personas divinas; es entrar en la corriente de Amor que es la vida intratrinitaria. La misericordia de Dios es precisamente ésta: abajarse al hombre en Cristo para tomarlo y exaltarlo en el Espíritu a la contemplación del Padre. A esto va el seguimiento de Cristo, que no es, valga la expresión, algo simplemente ético, no es sólo una cuestión «moral» —entre comillas—, sino la cuestión que centra toda la economía de la salvación.

Cristo ha venido para tomarnos en Él y, así, siendo hijos en el Hijo por la fuerza del Espíritu Santo, poder contemplar al Padre y poder por tanto entender en profundidad aquello que decía Jesús al discípulo que le preguntaba: «Tanto tiempo con vosotros ¿y aún no me habéis conocido? Quien me ve a mí, ve al Padre». El primado de la persona humana es inseparable de una comprensión trinitaria de la vida cristiana y en ese lugar es donde creo yo que nos encontramos fundamentalmente dogmáticos y moralistas.

Los otros dos días van a estar dedicados, como Vds. pueden ver en el programa, a los grandes focos de los problemas más inmediatos que nos ofrece la vida moral contemporánea en la perspectiva de la persona. Son las grandes cuestiones en torno a libertad del hombre, en torno al cuerpo humano, la sexualidad y la procreación, la gran cuestión del respeto a la vida. Son los grandes temas para los que el Santo Padre Juan Pablo II está llamando la atención en sus viajes por el ancho mundo. Tenemos aquí una primera concentración de esas preocupaciones de la Iglesia, expresadas por aquél que nos representa a todos, y que van a ser objeto de análisis en nuestro Simposio por parte del Arzobispo Caffarra y los Profesores Sarmiento y Sgreccia.

Al día siguiente iremos al segundo foco de cuestiones: «Persona y vida social». Un tema, ciertamente, también de carácter universal, pero que aquí, en España y en nuestra actual coyuntura social, cultural y política, tiene una vigencia extraordinaria. Lo digo dirigiéndome a aquellos de Vds. que vienen de otros países, pues para los que vivimos aquí es cosa cotidiana. «Persona y vida social» traduce el gran desafío que tenemos en la sociedad española contemporánea: el desafío de lograr que la dinámica de esta sociedad se abra y deje verdadero espacio a las exigencias sociales de la persona humana y a una manera de entender la economía, la política y la cultura en la que el hombre pueda realizarse como persona y el cristiano, en consecuencia, pueda contribuir al bien común «comunicando», en todos los foros de la sociedad, las energías acumuladas en el mensaje del Evangelio.

Esto es un desafío por todas partes, bien lo sabemos, pero lo es de manera muy especial en nuestra tierra. En este sentido, la reflexión y la experiencia que aporten los que vienen desde fuera al Simposio será especialmente agradecida por los que aquí estamos. Los Profesores Illanes, Camacho y Díaz se ocuparán de las ponencias que articulan tema tan importante.

A mí ya sólo me queda volver a lo que dije al principio y alegrarme de nuevo de la presencia de Vds., Profesores encargados de comunicaciones y ponencias. Quiero dar también la bienvenida a aquellos

estudiantes de las diversas Facultades de la Universidad que han elegido el Simposio como curso electivo dotado de efectos académicos. Querría, finalmente, que la convivencia fraternal de todos sea ocasión, en medio del trabajo, para ese descanso y gozo espiritual que el Señor concede a quienes buscan servirle.

